

pero ¿no sería también posible que un hombre intrépido, noble y severo reuniese todas las prendas que inclinan á amar, sin poseer las que prometen ventura?

CORINA.

CAPITULO IV

La carta de Corina hizo arrepentir otra vez á Osvaldo de haber podido pensar en apartarse de ella: la dignidad discreta y la majestuosa dulzura con que respondía á las palabras duras de que él había usado le enternecieron y le llenaron de admiración, porque aquella superioridad tan grande, tan sencilla y tan sincera, le pareció sobre todas las reglas comunes. Siempre conoció que no era Corina la mujer débil, tímida, dudosa de todo, ménos de sus sentimientos, y de sus obligaciones, que había escogido en su imaginación para compañera de su vida; y la memoria de Lucila, cual la había visto á los doce años, convenía mejor con aquella idea; ¿pero era posible comparar á Corina con nadie? ¿Podían aplicarse las leyes, ni las reglas comunes

á una criatura que reunía tantas prendas diversas, cuyo vínculo eran el genio y la sensibilidad? ¿Corina era un milagro hecho por Osvaldo, cuando podía lisonjearse de inspirar cariño á semejante mujer? Mas ¿cuál era su nombre, cual su nacimiento, cuáles serían sus designios, si le declarase su intención de unirse con ella? Todo estaba aun oscuro; y aunque el entusiasmo que Corina causaba á Osvaldo, le persuadía se hallaba determinado á ser su esposo, la idea de que la vida de Corina no había sido exenta de todo baldon, y de que un matrimonio como aquel habría merecido ciertamente la censura de su padre, trastornaba también á veces toda su alma, y le excitaba la perplejidad mas dolorosa.

No se encontraba tan abatido del dolor como ántes de conocer á Corina; pero ya no sentía aquella especie de quietud compatible con el mismo remordimiento, cuando se consagra la vida entera á la expiación de una culpa grave. No temía en otro tiempo entregarse á sus recuerdos, á pesar de su amargura; ahora le intimidaban las meditaciones largas y profundas, que le habrían descubierto la situación de su alma. Sin embargo, se preparaba para ir á casa de Corina á darle gracias por su carta, y conseguir perdón de la que había escrito, cuando vió entrar en su aposento á Mr. Edgermond, pariente de la jóven Lucila.

Era un caballero inglés, digno de todo aprecio, que casi siempre había vivido en el principado de

Gáles, donde tenia una hacienda; conservaba los principios y las preocupaciones que sirven para mantener en todas partes las cosas en el estado en que se hallan; lo cual, por cierto, es un bien cuando son todo lo bueno que la razon humana permite; y entonces los hombres como Mr. Edgermond, esto es, los defensores del órden establecido, aunque fuerte y aun tenazmente afectos á sus hábitos y á su modo de ver, deben estimarse como ilustrados y prudentes.

Lord Nelvil se estremeció al oír pronunciar el nombre de Mr. Edgermond en su casa, pareciéndole que á un mismo tiempo se le representaban todas sus memorias: pero al punto le ocurrió que lady Edgermond, la madre de Lucila, habia enviado á su pariente para reconvenirle, queriendo violentar así su libertad. Este pensamiento le volvió toda su firmeza, y recibió á Mr. Edgermond con suma frialdad, en la cual era tanto mas injusto, cuanto Mr. Edgermond no tenia intento alguno relativo á lord Nelvil. Recorria la Italia por su salud, haciendo mucho ejercicio, cazando, bebiendo por el rey Jorge y por la antigua Inglaterra; era el hombre mas excelente del mundo, y aun tenia mas talento é instruccion que prometia su método de vida. Era Inglés primero que todo, no solo como debia serlo, sino como hubiera sido de desear que no lo fuese; seguia en todos los países los hábitos del suyo, no vivia sino con los Ingleses, y jamas conversaba con los extranjeros, no por desprecio, sino por una es-

pecie de repugnancia en hablar las lenguas de las demas naciones, y aun de timidez á la edad de 50 años, que le hacia muy dificultoso contraer conocimientos nuevos.

— Celebro veros, dijo á lord Nelvil; dentro de quince dias parto para Nápoles; ¿vendreis vos tambien? Lo desaria, pues permaneceré poco en Italia, por cuanto mi regimiento debe embarcarse muy pronto. — ¿Vuestro regimiento? repitió lord Nelvil, y se sonrojó, como si no se acordase de que tenia licencia por un año, y de que su regimiento no debia ser empleado hasta pasado este tiempo; pero se sonrojó pensando si Corina podria tal vez hacerle olvidar hasta de su obligacion. — Vuestro regimiento, continuó Mr. Edgermond, no entrará en servicio activo tan presto, y por tanto podeis restablecer aquí vuestra salud con sosiego; he visto ántes de mi partida á mi jóven prima, por quien os interesais; está mas preciosa que nunca, y cuando volvais, de aquí á un año, será seguramente la mujer mas hermosa de Inglaterra. — Calló lord Nelvil, y Mr. Edgermond guardó tambien por su parte silencio; dijéronse todavia algunas palabras de un modo bastante lacónico, aunque cariñoso; y Mr. Edgermond iba á irse, cuando volviendo atras, dijo: — A propósito, milord, podríais hacerme un gusto; me han dicho que conoceis á la famosa Corina, y si bien en general no me agradan los conocimientos nuevos, tengo suma curiosidad de verla. — Pediré

á Corina licencia para llevaros á su casa, pues lo deseais, replicó Osvaldo. — Procurad, repuso Mr. Edgermond, que la vea un dia en que improvise, cante ó baile. — Corina, dijo lord Nelvil, no enseña de esa suerte sus habilidades á los extranjerros: es una mujer igual á vos y á mí bajo todos respectos. — Perdonad mi engaño, replicó Mr. Edgermond: como no se la conoce por mas nombre que Corina, y á los 26 años vive sola, sin persona alguna de su familia, creí vivia con sus habilidades, y le gustariá hacerlas ver. — Su suerte, respondió lord Nelvil con viveza, es del todo independiente, y aun mas su alma. — Mr. Edgermond cesó al momento de hablar de Corina, y se arrepintió de haberla nombrado, cuando advirtió el interes de Osvaldo; porque no hay hombres mas discretos ni mas mirados que los Ingleses en cuanto tiene relacion con un afecto verdadero.

Fuése Mr. Edgermond. Lord Nelvil, cuando se vió solo, no pudo dejar de exclamar en su conmocion: — Es preciso que Corina sea mi esposa, para que nadie la desconozca: yo le daré lo poco que puedo dar, estado, nombre, y ella me colmará de todas las felicidades que ella sola puede conceder en la tierra. — En esta situacion de ánimo fué apresuradamente á casa de Corina, y nunca entró en ella con un sentimiento mas suave de esperanza y de amor; pero por un impulso natural de timidez empezó la conversacion, sosegándose á sí mismo

con palabras vanas, y entre ellas pidió licencia para llevar á Mr. Edgermond á su casa. Al oír aquel nombre, Corina se turbó visiblemente, y se negó con voz alterada á lo que Osvaldo le pedia. — Admiróse mucho, y le dijo: — Creia que en una casa donde admitis á tantas gentes, no seria un motivo de exclusion el titulo de amigo mio. — No os agraviéis, milord, repuso Corina, y creedme; debo tener razones muy poderosas para no consentir en lo que deseais. — ¡Y me direis esas razones? replicó Osvaldo. — ¡No puedo! exclamó Corina, ¡no puedo! — Así pues, dijo Osvaldo.... y no permitiéndole proseguir la violencia de su conmocion, quiso irse: Corina, entónces, toda bañada en llanto, le dijo, en inglés: — Por Dios, no os vayais, si no quereis despedazarme el corazon.

Aquellas palabras, y aquel acento penetraron hondamente el alma de Osvaldo; volvióse á sentar á alguna distancia de Corina, con la cabeza apoyada en un vaso de alabastro que alumbraba su aposento; y luego de repente le dijo: — ¡Mujer cruel, ya veis que os amo, veis que veinte veces cada dia voy á ofreceros mi mano y mi vida, y no quereis decirme quién sois! Decídmelo, Corina, decídmelo, repetia, tendiéndole la mano con la mas tierna expresion de cariño. — ¡Osvaldo, exclamó Corina, Osvaldo, no sabeis qué pena me dais! Si yo fuese tan insensata, que os lo descubriese todo, si lo fuese, cesariais de amarme. — ¡Dios mio! replicó él, ¿qué

teneis pues que revelar ? — Nada que me haga indigna de vos, acaso, diferencias en nuestras inclinaciones, en nuestro modo de pensar que existieron otro tiempo, y que ya no existirian. No exijais de mí que me haga conocer de vos ; quizá un dia, un dia, si me amais bastante, si... ¡ Ah ! no sé lo que digo, prosiguió Corina, lo sabreis todo, pero no me abandoneis sin oirme. Prometédme, por vuestro padre que mora en el cielo. — No pronuncieis ese nombre, exclamó lord Nelvil, ¿sabeis si nos junta, ó si nos separa ? ¿pensais que consentiria en nuestra union ? Si creeis que sí, decidme, afirmádmelo, y cesaré de padecer, y no se romperá mas mis corazon. Otra vez os diré cuál ha sido mi triste vida ; mas ahora ya veis en qué situacion estoy, en qué situacion me poneis. — Y en efecto cubria su frente un sudor helado, su rostro estaba sin color, y sus labios temblaban articulando con trabajo estas últimas palabras. Sentóse Corina á su lado, y cogiendo sus manos, le volvió poco á poco á sí mismo. — Querido Osvaldo, le dijo, preguntad á Mr. Edgermond si no ha estado en el Northumberland, ó por lo ménos si no hace mas de cinco años ; en este caso, no mas, podeis traerle á mi casa. — Osvaldo miró fijamente á Corina cuando decia estas palabras, y ella bajó los ojos, y calló ; lord Nelvil le respondió : — Haré lo que me mandais, y partió.

Vuelto á su casa, se perdia en conjeturas sobre los secretos de Corina, pareciéndole indudable que

habia pasado mucho tiempo en Inglaterra, y que allí debian ser conocidos su nombre y su familia. Pero ¿qué motivo la hacia ocultarlos, y por qué si residió en Inglaterra, habia dejado aquel pais ? Estas diversas dudas agitaban á lo sumo el corazon de Osvaldo ; hallábase convencido de que no podia descubrirse en la vida de Corina cosa alguna mala ; empero temia una combinacion de circunstancias que pudiese hacerla digna de baldon á los ojos de los demas ; y lo que en especial temia contra ella, era la desaprobacion de la Inglaterra : sentíase con valor contra la de cualquiera otro pais ; mas la memoria de su padre estaba en su pensamiento tan íntimamente unida con su patria, que estos sentimientos se aumentaban uno con otro. Osvaldo supo de Mr. Edgermond que habia estado por primera vez el año anterior en el Northumberland, y le ofreció llevarle aquella misma noche á casa de Corina ; adelantóse para avisarla de las ideas que Mr. Edgermond habia formado de ella, y le pidió le hiciese conocer en sus modales frios y severos cuánto se habia engañado.

— Si lo permitís, repuso Corina, me portaré con él como con todos los demas ; si desea oirme, improvisaré ; en fin, me presentaré cual soy, y espero que no dejará por eso de descubrir la dignidad del alma, en medio de un modo de obrar sencillo, así como si me violentase para aparentar un aire afectado. — Sí, Corina, respondió Osvaldo, sí, teneis

razon ¡Ah! ¡mal haria quien quisiese alterar en nada vuestra admirable naturalidad! — Mr. Edgermond llegó en aquel instante con las demas gentes. Al principio de la noche, lord Nelvil se ponía al lado de Corina, y con un interes propio juntamente de un amante y de un protector, decia cuanto podía hacerla lucir; manifestábale un respeto dirigido mas bien á imponer atencion á los otros, que á satisfacerse á si mismo; pero conoció muy presto con placer la inutilidad de todos sus cuidados. Corina prendó enteramente á Mr. Edgermond; y prendóle no solo por su talento y por su hermosura, sino tambien inspirándole aquel sentimiento de estimacion, que los caractéres francos logran siempre de los caractéres honrados; y cuando se determinó á suplicarla que improvisase, aspiraba á este favor con tanto respeto como afan. Ella consintió sin que la rogasen un momento, y supo probar de aquel modo que su gracia tenia un precio independiente de la dificultad de lograrla. Pero la animaba tan vivo deseo de agradar á un compatriota de Osvaldo, á un hombre que por la atencion que merecia podia influir en su opinion cuando le hablase de ella, que aquel sentimiento la llenó improvisamente de una timidez desconocida; quiso comenzar, y conoció que la agitacion leembargaba la voz. Osvaldo padecia de ver que no se ostentaba á un Inglés en toda su brillantez; bajaba los ojos, y era tan manifiesta su turbacion, que Corina únicamente atenta

al efecto que causaba en él, perdía mas y mas la serenidad de ánimo precisa para improvisar. Por fin, sintiéndose vacilante, y ocurrir las voces por la memoria, y no por la sensibilidad, de forma que no expresaba lo que pensaba, ni lo que en realidad sentía, se paró de repente, y dijo á Mr. Edgermond: — Perdonad, si la timidez me priva hoy de mi habilidad; es la primera vez, sábenlo mis amigos, que me he visto así enteramente turbada; pero quizá no será la última, añadió suspirando.

Osvaldo se conmovió en extremo de la tierna debilidad de Corina. Hasta entónces siempre habia visto á la imaginacion y al genio triunfar de sus sentimientos, y dar aliento á su alma en los instantes en que se hallaba mas abatida; esta vez la pasion habia subyugado enteramente su entendimiento; y no obstante Osvaldo se habia identificado de tal manera en esta ocasion con la gloria de Corina, que su turbacion en lugar de complacerle, le hizo padecer. Mas como se hallaba seguro de verla brillar otro dia con su esplendor natural, se entregó sin pensar á las dulces observaciones que acababa de hacer, y reinó en su corazon mas que nunca la imagen de su amiga.